

hijo y de su persona bajo la salvaguardia de los Franceses :

« FRANCESES!

» Los acontecimientos de la guerra han
 » hecho que la capital caiga en poder del ene-
 » migo. El Emperador se halla á la cabeza de
 » sus ejércitos, tantas veces victoriosos; los
 » cuales, para defenderla y reconquistarla, es-
 » tan ya bajo los muros de Paris y á vista del
 » enemigo. Las únicas órdenes que podeis
 » y debeis reconocer, son las que dimanen de
 » la residencia que he elegido, expedidas por
 » los ministros del Emperador. Toda ciudad,
 » villa ó lugar, que se halle en poder del ene-
 » migo deja de ser libre, toda direccion que
 » de ella dimane, es el language de los extran-
 » geros, ó el que conviene propagar á sus mi-
 » ras hostiles. Espero sereis fieles á vuestros
 » juramentos; espero dareis oidos á una prin-
 » cesa entregada á vuestro cuidado, cuya gloria
 » consiste en hallarse asociada á los destinos
 » del soberano que vosotros mismos os habeis
 » elegido. Mi hijo contaba menos con vues-
 » tros corazones en tiempo de vuestra pros-

» peridad; ahora su persona y derechos estan
 » bajo vuestra salvaguardia. »

El dia siguiente de esta proclama, de la cual no se tuvo conocimiento en Paris, circulando solo con mucho secreto, fueron á Blois el conde de Schowaloff y el baron de Saint-Aignan, el uno en nombre del emperador Alejandro, y el otro en nombre del gobierno provisional, é hicieron saber á la Emperatriz, cuyas intenciones eran de ir á Orleans y Fontainebleau, que debia ir con su hijo á Rambouillet. Esta princesa escribió á su padre y á su esposo, quejándose de la violencia que con ella se ejercia. Llegado Metternich el 10 á Paris, se apoderó de la carta dirigida al emperador de Austria; Bausset llevó la otra á Fontainebleau: « *Abdico sí, pero nada cedo,* » le dijo Napoleon, despues de haber desaprobado la partida de María Luisa á Blois.

Ya se ha visto que, en la noche del 31 de marzo, siguiente á aquella en que se reunieron en consejo los aliados, los individuos del club de defeccion, se ocuparon *en atraer á su partido un general de los de mayor influencia.* Efectivamente, el 2 de abril, hubo conferencias entre Marmont y Schwartzemberg, en

capaces de representar los intereses de la Francia, los del ejército, y diesen valor á los deseos que este ejército, todavía amenazador para los aliados, manifestaba con tanta energía en su favor. El día siguiente por la mañana, Napoleon nombró los mariscales Ney y Marmont. El acta de abdicacion fue discutida, redactada y firmada, en estos términos:

« Habiendo proclamado las naciones aliadas » que Napoleon era el único obstáculo para el » restablecimiento de la paz en Europa, fiel á » su juramento, declara, que está pronto á bajar del trono, á abandonar la Francia, y » aun á perder la vida, por el bien de su patria, inseparable de los derechos de su hijo, » de los de la regencia de la Emperatriz y de » la conservacion de las leyes del imperio.

» Hecho en nuestro palacio de Fontainebleau el 4 de abril de 1814.

» NAPOLEON. »

El duque de Basano escribió á Metternich, para informarle de la abdicacion y de la condicion con que Napoleon la habia hecho. Este pliego le fue entregado en Villanueva del Arzobispo, distante pocas leguas de Sens. Aquel

ministro no se apresuraba á ir á Paris; porque el Austria queria acabar su obra; ella fue quien desde Praga llevó los aliados á Paris. El sistema de su viejo gabinete por el descenso de la Francia debia prevalecer sobre todos los lazos de la sangre. Hacia un año que Schwartzemberg nada habia dejado dudoso, respecto á esto, por lo que dijo al duque de Basano: *La política ha hecho el matrimonio; la política puede disolverlo.* El momento era llegado.

Mientras se expedian los poderes á los negociadores, anunciaron al Emperador que el mariscal Macdonald acababa de llegar á San Dizier con su cuerpo de ejército. Arrastrado por el destino, Napoleon reconoció mas y mas la importancia del mando de Esona, donde se hallaba el mariscal Marmont. *Allí es, dijo Napoleon, donde se dirigirán todas las intrigas y todas las traiciones de Paris. Es preciso que en aquel punto haya un hombre como Marmont, un hijo mio, criado en mi tienda de campaña!* Y Macdonald fue nombrado plenipotenciario. Sin embargo, los duques de Elchingen, de Vicencio y de Tarento, recibieron la orden formal de decir al duque de Ragusa, por su paso por Esona, que Napoleon

tambien le habia elegido; pero que no pudiendo negar á su fidelidad, asegurada por tantos beneficios de un lado, y por tantos servicios del otro, este último testimonio de su confianza y de su afecto, le dejaba libre en su eleccion, ó de unirse ó no á sus compañeros, caso que creyera ser mas útil al Emperador en Esona que en Paris. A pesar de lo eminentes que eran sus peligros, y de la sagacidad de su entendimiento, no era dado á Napoleon preveerlo todo.

Portadores de la abdicacion, los tres plenipotenciarios se pusieron en camino para Paris. Habíase mandado á las tropas, por la víspera, ponerse en movimiento; la guardia imperial lo habia verificado ocupando á Montlignon, donde habia resuelto Napoleon establecer su cuartel general. Luego que llegaron los plenipotenciarios á Esona, se apearon en el alojamiento del duque de Ragusa, á quien comunicaron las órdenes del Emperador. Para continuar su camino, debian esperar la autorizacion del general enemigo; el mariscal hizo que se detuviesen para comer con él. No tardó en confiar á Ney y á Macdonald que habia tratado con Schwartzemberg; queria hablar de

la convencion de Esona, ratificada aquella mañana misma en Chevilly. El duque de Vencencio recibió un momento despues esta noticia confidencial por Macdonald. Entonces la conversacion se hizo general, y por parte de los plenipotenciarios de Fontainebleau fue de las mas vivas; el de Esona cedió al parecer á los poderosos sentimientos que combatian su conducta; les dijo que nada habia todavía firmado, y que iria con ellos á Paris. Persuadidos los plenipotenciarios que aquel negocio solo recaía sobre Marmont, le proponen ó de ir á Fontainebleau á confesarlo todo á Napoleon, ó de acompañarlos á Chevilly y deshacer todo lo hecho con Schwartzemberg; Marmont se decidió por el último partido. Antes de subir al coche declaró en presencia de sus colegas á Souham y á Bordesoult, sus principales generales de division, que el arreglo convenido con el generalísimo debia considerarse como nulo, que no tardaria en volver, mandándoles ademas conservar sus posiciones; tambien añadió que no separaria su suerte de la del ejército. Llegados que fueron al palacio de Chevilly, los duques de Elchingen, de Vencencio y de Tarento entraron en la habitacion

del príncipe de Schwartzemberg, el cual era el único que podía dar á los nuevos plenipotenciarios la autorizacion necesaria para penetrar hasta Paris y cumplir con su mision. El duque de Ragusa permaneció en el coche, prefiriendo, dijo, no ver al generalísimo hasta despues de ellos. Habiendo sabido Macdonald que el príncipe real de Wurtemberg estaba enfermo en el palacio, subió á su habitacion. El príncipe le habló de la convention de Chevilly como de un negocio totalmente concluido, y cuya entera ejecucion nada podia obstar. Macdonald deja al príncipe y se dirige al coche donde habia quedado Marmont, y no le encuentra, porque se hallaba ya con el generalísimo austriaco. Macdonald cuenta al duque de Vicencio cuanto le habia dicho el príncipe de Wurtemberg. Un momento despues se reunió á ellos Marmont en la sala de recibo, seguido casi inmediatamente del generalísimo. El duque de Ragusa aguantó vivas reprehensiones; no sabia que responder y alegó que no podia explicarse delante de tanta gente, asegurando que habia cumplido con su promesa. Schwartzemberg no desmintió ninguna de las palabras de Marmont.

Habiendo llegado por último la autorizacion de ir á Paris, se pusieron en marcha los plenipotenciarios. El mariscal Marmont fue con ellos *para repetir*, les dijo, *la misma declaracion al emperador Alejandro, porque ya tenia noticia S. M. I. de la negociacion con el príncipe de Schwartzemberg.* A la una del dia fueron admitidos á la audiencia del Emperador, el cual los recibió con mucha benevolencia. Reprodujeron con toda su fuerza los primeros argumentos del duque de Vicencio, relativos á la declaracion del 31 de marzo. « La regencia, dijeron, careció de defensores, » por consiguiente fue juzgada y condenada » en contumacia. » El emperador Alejandro, lejos de reprobear sus racionios, oyó con mucha atencion é interes la lectura de algunos artículos redactados de antemano en Fontainebleau, hecha por el duque de Vicencio, y los discutió sin presentar muchas objeciones. Eran las dos de la mañana y el Emperador los despachó hasta medio dia. Alejáronse tranquilizados por la impresion que acababan de producir, por las demostraciones que les habian manifestado, y por haber renunciado Marmont á los compromisos de Chevilly.

A las once y media de la mañana se reunieron los plenipotenciarios en casa del mariscal Ney, para esperar el momento en que tenían que volver á ver al Emperador. Apenas habia llegado Marmont, cuando le avisaron que su primer ayudante de campo el coronel Fabvier queria hablarle. Salió en efecto y volvió á entrar cinco minutos despues, pálido como la muerte: « Souham y Bordesoult, dijo, » se han llevado mi cuerpo de ejército. Fabvier ha venido á darme la noticia, sin pérdida de tiempo..... » Llámase pues al coronel, el cual contó el suceso. Marmont dijo que iba en busca de sus tropas, cosa imposible, puesto que se hallaban en las líneas del enemigo desde el amanecer; los soldados emprendieron la marcha animados del mejor espíritu; persuadidos á que los llevaban al combate. Aun cuando los plenipotenciarios sabian muy bien á que atenerse, respecto á aquella irreparable aventura, sin embargo estimularon al mariscal á que tomase todas las medidas que conceptuase convenientes, para cumplir con la palabra que les habia dado en Esona, renovada en Chevilly y en Paris. Las doce habian dado ya, y no podia perderse un momento,

pues que el Emperador Alejandro los esperaba en su palacio; disimularon cuanto pudieron la agitacion y ansiedad de que estaban poseidos, porque sabian muy bien que serian vanos todos sus esfuerzos, si Alejandro llegaba á tener conocimiento de aquella defeccion. Recibiélos aquel príncipe tan bien como la noche anterior; y la conversacion habia tomado un aspecto favorable, cuando se presentó un oficial y habló en ruso al Emperador. *Somos perdidos*, dijo en voz baja el duque de Vicencio, al mariscal Macdonald, *porque ya sabe el Emperador que el cuerpo de Marmont se ha pasado*. Alejandro salió un instante y volvió á entrar. Pero habiendo principiado la discusion de los artículos, casi aprobados en la conferencia de la noche, dió motivo por parte del soberano á una multitud de objeciones; la defeccion del primer cuerpo todo lo habia cambiado. Suspendióse la conferencia hasta las cinco de la tarde, hablóse del ejército y del espíritu de que se hallaba animado, con mucho calor: « Señores, dijo el Emperador con » impaciencia, mucho encareceis la voluntad » del ejército, y sin embargo no ignorais que » el cuerpo del duque de Ragusa se ha pasado

conformidad á la negociacion entablada por el gobierno provisional con aquel mariscal. De manera que ninguna precaucion dejaba de ponerse en práctica contra el enemigo comun, y para que nada quedase intácto en rededor de Napoleon, se introdujo la traicion hasta en lo que él llamaba su familia militar. Habíase ido á establecer el generalísimo en el castillo de Chevilly, inmediato á Esona. El dia siguiente recibió el mariscal Marmont en su cuartel general de Esona, una carta del príncipe Schwartzemberg, por la cual, al mismo tiempo que le enviaba los papeles públicos y una invitacion del gobierno provisional, *de ponerse bajo las banderas de la buena causa francesa*, le instaba á que diese oidos á sus proposiciones. El mariscal se apresuró á responder en estos términos: « Que, mediante á que el se-
 » nado habia relevado al ejército de sus jura-
 » mentos, estaba pronto á abandonar *con sus*
 » *tropas* el ejército de Napoleon bajo las con-
 » diciones siguientes: Que el príncipe de Sch-
 » wartzemberg aseguraria á *todas las tropas*
 » *francesas* que abandonasen las banderas de
 » Napoleon Bonaparte, que podian retirarse
 » libremente á la Normandía con armas y ba-

» gages; y que *si, por consecuencia de seme-*
 » *jante movimiento, los acontecimientos de la*
 » *guerra hacian que la persona de Napoleon*
 » *Bonaparte cayese en poder de los aliados,*
 » *se protegiese su vida y su libertad en un espa-*
 » *cio de terreno, en el pais que eligiesen los*
 » *soberanos aliados y el gobierno frances.* »
 El 4 de abril, envió el príncipe de Schwartzemberg al mariscal, la garantía pedida. Con que el ayudante de campo Marmont sabia que su movimiento entregaba su general á los enemigos mas encarnizados, y tenia la generosidad de medir el terreno donde debia permanecer cautivo su Emperador!.... ¡Un espacio de terreno!.... ¿Si habria adivinado Marmont la isla de Santa Helena?

Desde el dia siguiente de su llegada á Fontainebleau, es decir, desde el 1º de abril, no perdió el Emperador un solo momento para reorganizar su ejército, y el dia 2, puso en discusion un plan de campaña. Reduciáse la cuestion, á si se deberia maniobrar en rededor de la capital, ó retirarse sobre el Loire. Habia prevalecido el primero, y por consecuencia de las disposiciones que tomó entonces Napoleon, señaló para su cuartel general

á Montlignon, en vez de Ponthierry. El 3, despues de haber pasado su guardia en revista, la dirigió la alocucion siguiente:

« SOLDADOS !

» El enemigo nos ha ocultado tres marchas
 » y se ha apoderado de Paris , es preciso ar-
 » rojarle de allí. Algunos indignos Franceses ,
 » emigrados, á quienes habiamos perdonado,
 » han tremolado el pendon blanco y se han
 » unido á nuestros enemigos. ¡Cobardes, pronto
 » recibirán el premio de este nuevo atentado!
 » Juremos vencer ó morir, y hacer respetar
 » esta escarapela tricolor, que, de veinte años
 » á esta parte, nos halla siempre en el camino
 » de la gloria y del honor. »

Este juramento lo pronunció la guardia con entusiasmo, y toda la noche se la llevaron los soldados bailando, en medio de las aclamaciones de *Viva el Emperador! vamos á Paris.* Hasta Napoleon mismo se vió precisado á contener la efervescencia guerrera que se habia apoderado de sus tropas. Entretanto, en aquella misma jornada, tan llena de acontecimientos, varias circunstancias, ac-

tos de todas clases, le anunció el destronamiento pronunciado por el senado, el de la abdicacion exigida por los aliados; todas las gazetas, todos los folletos de la capital se distribuian por todas partes, gracias á los emisarios del gobierno provisional y á los amigos de los huéspedes del palacio de Fontainebleau. Todas estas noticias penetraban, con razon, por Esona, en el interior de Napoleon y á las tiendas de campaña de su fiel ejército. Pero si la cuestion del destronamiento daba lugar á discusion en el palacio, en el campo era desechada con ahinco. Las aclamaciones de la guardia probaban suficientemente el espíritu del soldado. En cuanto á los gefes del ejército, entre los mariscales habia algunos que consideraban la cuestion de la abdicacion como un asilo, á lo menos para la patria, y se disponian á suscitarla delante de Napoleon, en la primera ocasion favorable.

Por la noche llegó el duque de Vicencio á Fontainebleau, y dió cuenta á Napoleon de la decision fatal de que era portador. Entonces, se determinó el Emperador á enviar con el duque de Vicencio otros dos plenipotenciarios, que, por su influencia personal, fuesen